

028. Diversiones y diversiones

Como hoy se nos ha metido un ansia tan desenfrenada de disfrutar, y la técnica moderna, con medios antes insospechados, nos ofrece tanto para pasar bien la vida, escuchamos muchas veces expresiones como éstas:

- *Todos tenemos derecho a gozar de la vida... Todos tenemos derecho a divertirnos.*

Esto lo oímos y lo repetimos en todos los tonos, y hasta lo hemos elevado a categoría de principio, es decir, lo hemos convertido en una verdad que no admite discusión.

La diversión es lo primero.

Y nuestra vida la estamos orientando a tener más y más para disfrutar también cada vez más.

Es la filosofía que guía modernamente a la llamada *sociedad de consumo y sociedad del bienestar*.

Y es cierto: tenemos razón al pensar, y al hablar, y al querer obrar así. Porque todos tenemos derecho a expansionarnos. Y la expansión se convierte hasta en una necesidad, pues de lo contrario sería la vida casi un imposible.

Por lo mismo, todos estamos de acuerdo en esto de que *todos tenemos derecho a divertirnos*.

Sólo que hay muchas maneras de entender este principio tan simple.

- *¡A divertirnos! Pero, ¿cómo?...*

Es posible que aquí ya no estemos todos tan de acuerdo y que se dividan los pareceres. Porque va a depender de cómo cada uno conciba el valor de la vida.

En vez de discusiones sabias y de discursos que yo no sé hacer ni tengo autoridad para hacerlos, prefiero contar dos anécdotas vivas. Una me tocó presenciarla con los de mi grupo. La otra, la leí en una revista popular.

Primera, la que nos tocó presenciar.

Nos fuimos un día varios amigos y amigas de paseo por el interior de la República. Con ganas de tomarnos un fresco natural, nos paramos en una pequeña tienda adosada a una casa grande, habitada, como vimos en seguida, por campesinos sanotes y felices. Había que ver el bullicio que metían los seis pequeños mientras jugaban.

No nos costó mucho meternos entre ellos y repartirles cuatro chucherías que llevábamos de la ciudad, para gozar nosotros también un rato de aquella fiesta improvisada.

El abuelo simpático, que miraba complacido la escena, nos dice cuando ya nos íbamos a marchar:

- *Ya ven ustedes. Hay muchas maneras de divertirse. Unos, con las carreras de caballos o con el fútbol; otros, viajando; nosotros, cuidando a estos chiquillos que Dios nos envía.*

Este razonar del buen hombre empieza a ser algo increíble, pasado ya de moda, y que puede arrancar alguna sonrisa benévola y hasta compasiva...

La otra anécdota, leída en una revista, es muy vieja, de hace dos siglos, cuando ya se fraguaba la Revolución Francesa por culpa sobre todo de los grandes de París.

Dos duques de la corte salían de palacio al amanecer de un día fríasimo de invierno, después de una noche de diversión carnavalesca, una diversión de la que hubiera dicho San Pablo que *es vergonzoso hasta contar lo que hacen a escondidas* (Efesios 5,12)

Iban los dos cortesanos bien arropados y calientes en su carruaje, cuando a través de los cristales ven en la calle a dos religiosos tiritando de frío, con las manos escondidas

entre las mangas de sus hábitos y con los pies descalzos. Uno de los duques comenta riendo:

- *¡Pobres de ellos, si lo que creen no es verdad! Por ganar un Cielo que a lo mejor no existe, han perdido esta vida que tienen entre manos.*

Y el otro, con más sensatez:

- *Sí; pobres de ellos si no es verdad. Pero, ¡pobres de nosotros si lo es!... Por disfrutar esta vida que se nos pasa, a lo mejor perdemos una vida que no acaba...* (Los duques de Orleans y de Soubise)

Nos ponemos ahora a discurrir, y precisamente a base de estas dos anécdotas tan opuestas la una a la otra.

Todos tenemos derecho a divertirnos, y cada uno lo hacemos a nuestra manera.

El abuelo feliz, cuidando los niños de una familia numerosa.

Aquellos pobres religiosos —¡vaya diversión!— yendo a Misa con un gran frío ya al amanecer. Digamos que se divertían porque estaban muy contentos con su vida penitente...

Los cortesanos de París se divertían —igual que tantos hoy en nuestros bares y discotecas— de una manera que no hace falta describir, porque todos la sabemos..., aunque nos imaginamos a los dos pensando, quisieran que no, en un Dios que les iba a pedir un día cuentas de sus diversiones...

La diversión, como el descanso de fin de semana, como la vacación, es una necesidad.

Precisamente gritamos contra esas desigualdades sociales porque —aparte de las otras necesidades primeras de la vida, como la alimentación o la vivienda—, a muchos hermanos nuestros les impiden el disfrutar de unas diversiones que debieran disfrutarlas como todos los demás. Porque *todos tenemos derecho a divertirnos.*

Pero hoy se impone tener criterio al escoger la manera de divertirse.

Nosotros, cristianos, pensamos siempre en que, la diversión escogida, sea una diversión tal que se pueda prolongar en el más allá, y para siempre, dentro de una fiesta que no acabe...